

ROBERTO RAVERA, TOCA EL MIERCOLES A DUO EN LA ASOCIACION CRISTIANA DE JOVENES

# Un guitarrista que respeta al corazón

Todo es posible para cualquier persona. Esa es la consigna del concertista de guitarra clásica, compositor y profesor Roberto Ravera, de dilatada carrera nacional e internacional. Su metodología para enseñar se basa en el respeto máximo por alumno y la comunicación permanente más allá del bagaje técnico que se debe tener si se tiene la firme intención de llegar a ser alguien en el fascinante mundo de la guitarra clásica. Además busca no jugar a la música más que por buena o mala.



Desde temprana edad se dedicó a la guitarra y en la medida que estudiaba con los maestros Atilio Rapat y Abel Carlevaro, se familiarizaba con obras de autores internacionales como Francisco Tárrega, Manuel Ponce, Bach, Scarlatti, entre otros. Y con el pasar del tiempo y la continua adquisición de conocimientos decidió también volcarse a la docencia, campo en el que tiene una peculiar forma de proceder.

—¿Cuáles son tus principales referencias extranjeras?

—Si estamos hablando de guitarristas, por ejemplo admiró mucho a Julián Brea, porque también valoró la música popular y de hecho fue guitarrista de jazz. Entonces tiene otra ductilidad que algunos músicos no tienen por estar exclusivamente dedicados a la música clásica.

—¿Hay cierta tendencia del guitarrista clásico a quedarse en ese ámbito?

—Pienso que puede ser una cuestión de prejuicios. Yo tengo un amigo que decía que la música culta no existía, que estaba mal llamada culta porque de lo contrario, la música que no es culta es inculta. Entonces se puede decir, como lo hacía mi maestro Atilio Rapat, que hay dos tipos de música: la buena y la mala. La buena puede estar tanto dentro de lo popular como de lo clásico y la mala también. Hay obras que no son tan buenas y son llamadas clásicas.

—En otras notas de prensa mencionas que aun seguís aprendiendo. ¿En que período de aprendizaje te encontrás cuando ya sos concertista, compositor y profesor?

—Uno sigue, a pesar de perfeccionarse, buscando mejorar el sonido. No importa si un crítico o un concertista amigo le da ánimo a uno, a parte uno sigue tratando de hacer lo mejor posible y aunque este bien, todo es perfectible. De repente son cosas muy chiquitas y muy sutiles.

—¿Cómo cuales?

—Como el sonido. Variando la posición del instrumento y de la mano derecha, que es la que ejecuta, se pueden conseguir sonidos muy sutiles. Es una gama sonora impresionante y una búsqueda constante. Y, por supuesto, uno tiene referencias de grandes guitarristas de acá, como Rapat, Agustín Carlevaro y el maestro Abel Carlevaro y otros grandes

docentes que he tenido. Siempre estoy buscando perfeccionar algo, con esa duda de que uno nunca llega. Más que duda es una certeza.

—¿Cómo se vuelca eso en la docencia?

—No me rijo para nada por esquemas clásicos. Lo que yo trato de conseguir en primera instancia con el alumno es lograr un acercamiento. Si no conseguimos ese acercamiento no va a poder aprender nada. Enfocamos la enseñanza integralmente, no como que es una máquina que viene a aprender guitarra y tiene que funcionar como tal. Esa persona tiene su historia y se trata de comprenderla, de darle ánimo, de

no mentirle. Si la persona tiene talento, no se puede mentir, hay que decirlo.

—¿Y si no lo tiene?

—También, pero es difícil que una persona, yo no conozco prácticamente ningún caso, no tenga condiciones para aprender a tocar la guitarra. Una vez un profesor de natación me enseñó a raíz de un percance que tuve en la pileta que el hombre no nació para nadar, ni para tocar guitarra, ni para un montón de cosas que hace. Pero el hombre puede hacer, si tiene la fuerza de voluntad, lo que quiera. Entonces lo que yo trato de hacer es infundir ánimo y la persona, admirablemente, responde.

## Testimonio sobre seis cuerdas

"Comenzó de cero, ni siquiera sabía como se tomaba convencionalmente una guitarra. Llegó con un cúmulo de prejuicios que surgían, increíblemente, de su continua observación de grandes de la guitarra, fundamentalmente en el campo del rock & roll. Le parecía tan lejana la posibilidad de digitar, puntear y frasear como ellos que jamás pensó en que para él las posibilidades de aprender eran las mismas que tuvieron esos grandes a la hora indicada. En ese momento ese joven —pero no tan joven para comenzar a aprender— se cruzó con la especial forma de comunicación interactiva que plantea Roberto Ravera. El primer día los colores le subieron a la cara varias veces, a pesar de que frente de él sólo estaba el profesor. Los prejuicios lo poseían en ese momento más que nunca. Entonces Ravera tomó la guitarra, la depositó sobre una mesa con el cuidado que ella merece y comenzó a hablar. Y le dijo que todos somos seres que pensamos y por tanto con posibilidades ciertas de aprender lo que sea, si es que confiamos, antes que nada, en nosotros.

Más que una forma de enseñar guitarra, una filosofía de vida que es susceptible de practicarse en cada camino que uno toma. El muchacho escuchó atentamente y en ese momento terminó la primera clase. Se llevó una notas para practicar, esencial en cualquier actividad que se pretenda aprender, y volvió a los pocos días. En la segunda clase la postura fue similar a la de la primera. Los prejuicios afortunaron nuevamente, el cuerpo se puso como una piedra y los dedos parecían necesitar acción. Y Ravera volvió sobre la voluntad, lo mismo que hizo en la tercera y en la cuarta clase. Lo mismo que hace cada vez que se encuentra con un alumno y le dedica el tiempo que sea a escucharlo. Hoy, a dos meses de ese primer día, los dedos continúan pitando a las cuerdas y los sonidos logrados aun carecen de armonía. Pero hay algo que jamás se va a ir: el convencimiento de que se puede, de que nadie nació digita da es imposible, de que nadie nació digitando desde la cuna, de que el placer de tocar la guitarra puede ser una virtud que compartamos todos".

—La adquisición de la técnica, ¿cuánto es ideal?

—En lo personal, pienso que al aprendiz de músico, en una primera etapa, no le conviene dedicarse tanto a la parte técnica exclusivamente, porque puede pasar y conozco muchos casos —por suerte no de alumnos míos— que han matado al músico que llevaban dentro. Todo por una preocupación por la perfección, la pureza y el sonido, y los sentimientos y la expresión van quedando dormidos. Después es muy difícil rejsolar todo eso.

—¿Cuándo es ideal infundir el bagaje técnico?

—Es muy amplio el tema y se tiene que tomar con pinzas, porque no se trata tampoco de decirte que agarre la guitarra como quieras y que igual puede tocar encima de la mesa. Tiene que estar en una determinada posición que facilite el aprendizaje. Yo más bien me refiero a que no hay que estar arriba del alumno, corrigiendo detalle a detalle. Por supuesto que hay cosas básicas que hay que decirles desde el vamos, como la alternancia de los dedos de mano derecha y otras cosas. Tiene que haber una libertad porque el alumno es un ser inteligente, por lo que para mí sería una falta de respeto tener que decirle todo, porque tiene su cerebro y él puede, con una guía que es el profesor, mejorar y llegar a una técnica perfectísima mediante la observación del profesor, de sus defectos y aciertos, y escuchando mucho a otros músicos. Y a la par escuchar otros tipos de música de distintos géneros.

—¿Es prioritario dejar tu obra en un CD?

—Digamos que no es la prioridad, pero, justamente, estoy trabajando en eso. No se cuando va a salir, porque tampoco me lo tomo con demasiada ansiedad. Lo que ocurre es que a veces no hay más remedio que grabar, porque si no es como que uno no existe. Es una cuestión de mercado, pero no es lo más importante, porque yo me siento muy feliz cuando toco en público. Toco seguido en fiestas de diferentes niveles sociales y culturales y se percibe una comunicación y les llega mucho la música. Es también una forma de expresión, que aunque más limitada, a mí me deja satisfecho.

—¿Es indispensable para un concertista conocer otros mercados?

—A mí me interesa salir más bien por una cuestión de supervivencia, porque acá el trabajo es poco. Aunque me interesa más la labor de formar gente para que salga, porque es una gran satisfacción cuando uno logra que un alumno gane un concurso o salga a dar conciertos por el extranjero. Es como que uno también sale. Digamos que estoy en la tarea que tenía el maestro Atilio Rapat.

El miércoles que viene, a las 19:30 horas, Roberto Ravera se presenta a dúo con el joven Andrés de los Santos en la sala de video de la Asociación Cristiana de Jóvenes de Colonia y Eduardo Acevedo. Una buena oportunidad para comprobar como todos pueden aprender si así lo desean, ya que Alejandro tiene veinte años y va a tocar a dúo con su profesor.

Adrián Minutti